

ADIÓS, MI TIERRA QUERIDA

Por Antón Benximén

Playa de Moncofa.

Octubre del año del Señor 1609 / finales del 1017 de la Hégira.

Apreciado lector:

Mi nombre es Antón Benximén, y mientras espero al barco que me alejará para siempre de las montañas de Espadán en las que nací camino de algún lugar allende los mares, quiero dejar por escrito lo que nuestros mayores contaban sobre la alquería que ahora llaman Higueras.

Cuento para ello con la complicidad de mi yerno Manuel Alegre, panadero cristiano casado con mi hija Fátima, que con la excusa de traernos pan de nuestro horno comunal para alimentarnos en este viaje sin retorno, se llevará esta carta para ilustrar a los futuros súbditos que el Barón de Ayódar se traerá para ocupar nuestras casas, a fin de que conozcan los orígenes del lugar y leguen a sus descendientes ese tesoro inmaterial que hace grande a los pueblos.

Es difícil comenzar este relato, pues para encontrar a sus primeros pobladores habría que remontarse a épocas remotas, cuando íberos y romanos ocuparon estas agrestes montañas desde donde distinguían el mar Mediterráneo y parte de los valles del Palancia y Mijares. De ellos quedan vestigios sobre algunos cerros, y en la fábrica de los puentes y canales de la rambla de Aguanaj, cuyo nombre discutimos si deriva de tiempos prerromanos o musulmanes. Lo que nadie duda es que gracias a esa red de acequias y sistema de regadío, las sucesivas tribus bereberes que habitaron el territorio trasladaron el asentamiento a esta posición junto a la rambla, que sirve además de paso natural con los valles próximos.

Para proteger el nuevo caserío alzaron una torre que alertara de posibles peligros a los castillos próximos, y controlase los rebaños trashumantes que atravesaban la sierra. Sin embargo, de nada sirvió para evitar caer en manos cristianas, pues su caudillo Zayt Abu Zayt los traicionó entregando al monarca Jaime I el control efectivo de castillos, villas y alquerías de la sierra, y la gestión espiritual al Obispo de Segorbe, Guillermo Gimeno, a cambio de unos ricos territorios y su protección. Y al llegar los notarios cristianos para hacer efectiva la posesión, al ver nuestra torre y la gran higuera que crecía junto a ella, bautizaron la alquería como Torre la Higuera.

Aquella traición molestó a muchos mahometanos de esta sierra, que se alzaron en armas en 1248 siguiendo a Al-Azraq, aunque sin mucha fortuna. Sofocada la revuelta, la alquería pasó a manos de los obispos segorbinos, que se preocuparon más de cobrar los diezmos que de evangelizar a sus vecinos musulmanes.

Esta dejadez traería consecuencias con el tiempo, especialmente tras la llegada al trono de los Austrias, que para aspirar al Sacro Imperio Germánico, decretaron el bautismo forzoso de los súbditos musulmanes de sus reinos. Esto provocó una nueva revuelta en 1526 entre los hermanos de fe, que se refugiaron de nuevo en estas montañas a las órdenes del algarino Selim Almanzor, que cambiaría para siempre nuestra suerte. Y es que tanta notoriedad tuvo el levantamiento, que tras caer derrotados quedamos siempre bajo la sospecha de apoyar a los otomanos y piratas berberiscos que atacaban las costas valencianas, enemigos del Imperio, por lo que convenía echarnos del Reino.

Antes de tomar tan drástica decisión, el monarca consultó a nobles y obispos valencianos, que mayoritariamente abogaban por continuar la evangelización y nos quedáramos en la tierra. Pero otras voces como la de Martín de Salvatierra, obispo de Segorbe y Señor de Higuera, proponía medidas como la castración de los varones y la deportación de todos los moriscos.

Opiniones similares, presiones ideológicas y económicas, terminaron doblegando la voluntad del rey Felipe III, que firmará el decreto de expulsión de los moriscos valencianos un 4 de abril de 1609. El bando del virrey de Valencia no llegó a nuestra alquería hasta el 22 de septiembre, concediéndonos sólo un plazo de tres días para venir hasta el Grao de Moncofa portando únicamente aquellos bienes que pudiéramos acarrear. Solo se quedarían en ella las moriscas casadas con cristianos viejos y con hijos menores de seis años, como mi hija Fátima con Manuel, para conservar las casas, tierras y orientar a los futuros repobladores.

Y aquí estamos, junto a otra torre, la de Beniesma, más de cinco mil personas procedentes de las vegas del Palancia y Mijares, sierra Espadán y ducado de Segorbe, custodiados por soldados de los tercios italianos para evitar alzamientos y que seamos asaltados por bandoleros atraídos por las monedas que portamos de vender nuestros bienes a precios irrisorios, o las acuñadas fraudulentamente en la sierra para poder pagar los pasajes de unos barcos que nos alejarán de nuestro hogar para iniciar una nueva vida en Berbería.

Adiós, mi tierra querida. Espero que quienes desde ahora habiten mi Higuera natal, la amen tanto como lo haré yo en la distancia.

وداعاً، هيغيراس